



# Haruki Murakami

Joaquín Peña Gutiérrez\*

Después de “los tratados de paz” que los vencedores impusieron a los vencidos en la Segunda Guerra Mundial y, avanzado el tiempo, las expresiones “milagro alemán” y “milagro japonés” se hicieron comunes. Daba la impresión de que aquellos imperios vencidos, ahora bajo la bendición de *la libertad* –se supone que la democrático liberal– resucitaban de ruinas y derrotas y se erguían frente al mundo y a la historia como dos colosos. En ambos casos, en un sentido, el económico, se trataba del milagro de los dólares norteamericanos.

Estos procesos de occidentalización fueron aguantados por los escritores japoneses quienes, aun siendo simpatizantes de Occidente, como Mishima, –recuérdese su deseo cumplido de encontrarse en Norteamérica con Capote–, escribieron una obra que todavía se podía llamar japonesa no por su procedencia sino por su naturaleza y expresión particulares de aquella cultura. La muerte ritual del propia Mishima bien puede considerarse como la última expresión particular de aquella cultura, pero también como la despedida de miles de siglos de tradición impenetrada. Ahora sí Occidente, Norteamérica, habían completado la victoria.

La agonía se prolonga; sin embargo, inclusive en y con Kenzaburo Oé, el último nobel japonés (“... nunca escribo a propósito para lectores extranjeros. Creo firmemente que escribo para intelectuales que viven conmigo en este pequeño país. (...) Mi intención era destruir el idioma japonés utilizando una especie de sintaxis que no se acomoda al japonés. (...)”

En los últimos diez años, algo así, he procurado crear un nuevo estilo japonés típico, basado en aquellas primeras actividades más destructoras”. Esto lo expresaba Oé en una entrevista concedida en 1994). Pero ya no se sostiene sino precariamente en el que algunos consideran el próximo: Haruki Murakami.

Haruki ya no es contemporáneo de la guerra. Es contemporáneo de sus consecuencias. Para abreviar, no es equivocado afirmar que Murakami es contemporáneo del Japón occidentalizado. ¿Qué va detrás de la penetración del capital norteamericano en forma de capital, empresas y productos norteamericanos; es decir, detrás, en medio, con el capitalismo salvaje? Todo. Incluido, tanto el régimen de producción económico como la organización social, la cultura y el arte, y la producción de estrés, el siquiatra y el suicidio. Sí; ahí también van la arquitectura, Los Beatles, el rock, Salinger; la literatura; va todo. Si en algo la *democracia* es democrática es en que no discrimina, no escoge, no margina componente alguno que pueda convertirlo en útil para que la alimente, reproduzca y consolide. Si lo bueno es vendible y consumible o atrae y forma *cultura libre*, también se incluye; va dentro como una más de las mercancías. Unos dólares más.

Haruki es contemporáneo de este Japón occidentalizado al estilo no europeo sino gringo, y lo expresa con una impudicia que le hace estrangular a gritos la úlcera a algunos nostálgicos y japoneses del Japón anterior. Usted no es japonés, le dicen algunos tradicionales del Japón o de afuera. Él, Haruki, muy tranquilo, mientras se escarba los restos de una hambur-

\* Pitalito, 1950. Escritor: *Aspirina al corazón* (poesía), *Días de asfalto* (relatos), cuentos picarescos, cuentos fantásticos, cuentos de ciencia ficción, cuentos de miedo, (Selecciones). Docente del programa de Estudios literarios en la U. Autónoma, y de la Especialización en creación narrativa en la Universidad Central.

guesa con el último buche de una coca cola, Bach, M. Watters, The Beatles, Nat King Cole o cualquier música con tal de que sea buena le zumban en el oído, responde entre dientes, pero clarito: Sí; soy japonés pero del Japón de ahora. Precisamente mi destino de escritor se me reveló no mientras miraba un duelo entre samuráis sino un partido de béisbol, exactamente, en el momento en que David Hilton bateó durante el encuentro entre los Yakult Swallows y los Hiroshima Carp. Estoy seguro. Lo recuerdo como si fuera hoy. Así responde, como cualquier héroe hemingwayano.

Y responde de manera escasa; de una manera a lo Salinger, pero degradada. Salinger ni se dejaba ver. A Salinger, ese judío gringo y puritano –sé que una de estas tres palabras debe llevar comillas, y no es la primera–, la guerra lo cogió crecido, tanto que participó en ella. Pudo arreglárselas para “manejar” la sociedad de masas que sucedió a la confrontación. Huyó de ella y sólo una, dos veces, dejó, largó, soltó su *Guardián entre el centeno* y sus *Nueve cuentos* y, con su huí-

da, su alegato contra aquel mundo tan impuro.

Haruki, uno de los devotos orientales del escritor norteamericano –a quien tradujo–, dice que no da entrevistas, que no la va bien con los medios, pero, qué se quiere; es un tipo de ahora. Da entrevistas y sale en los medios. Es algo así como un Salinger moderno; de ahora; un Ph. Roth (el paralelo sólo en relación con los medios). No sólo responde entrevistas sino que ya escribió y publicó, como un Vargas Llosa afanado, si lo puede haber más que Vargas Llosa, un libro de memorias –*Qué quiero decir cuando digo correr*– y ha dado declaraciones. Gracias a eso se saben cosas como la de cualquier estrella mediática. Qué, cómo, a qué horas escribe; cómo vive; qué come; cuántos kilómetros corre al día; cuánto tiempo le llevó escribir cada libro; cómo, después de su gran éxito con la novela *Tokio blues* decidió no escribir más literatura realista. Se sabe que se abandona no a la razón sino a las fuerzas inconscientes; de esta manera aparecen esas cosas no realistas en este hijo único, que antes de aquel partido de béisbol era una especie de salvación total para las bibliotecarias; no salía de éstas; era el ratón más feroz en eso de engullir libros, decían ellas, de todo el país. Desde el subconsciente, se repite, salen esas cosas, sus novelas y cuentos, hasta *1Q84*, su última novela publicada, de 1600 páginas en donde, gracias a otra entrevista de este japonés moderno que dice no gustar de los medios, y si el título no es suficiente, esculca a G. Orwell y lo actualiza así como en *Kafka en la orilla* lo había hecho con Sófocles, Dante y Franz Kafka, entre muchos otros escritores de la literatura occidental. ¿Cómo dice que nació la novela? En Tokio, detenido en un trancón fenomenal, se le ocurrió que podía bajarse del auto, pasar el pavimento de la calle y descender a un submundo que..., así, dice, se disparó esta novela que no se ahorra disimulos en el título con *1984*, la del inglés.

Muy interesante este Murakami; este japonés de ahora que pasó con al menos dos de sus obras por la Universidad Central en la Noche de Narradores del 31 de marzo de este 2011. ■

**Haruki es contemporáneo de este Japón occidentalizado al estilo no europeo sino gringo, y lo expresa con una impudicia que le hace estrangular a gritos la úlcera a algunos nostálgicos y japoneses del Japón anterior. Usted no es japonés, le dicen algunos tradicionales del Japón o de afuera**